

WILLIAMS, Rowan, *Arrio. Herejía y tradición*, Salamanca (SÍGUEME), 2010, 21 x 13,5 cm., 430 págs.

Es una alegría, sin duda, el hecho de que podamos contar ya con la traducción castellana de una obra que reúne por decirlo así, las características primordiales de una presentación científica en el ámbito teológico de acuerdo a nuestros tiempos, o bien, la rigurosidad científica reflejada en un conocimiento y uso exhaustivo tanto de las fuentes como de los estudios específicos con respecto al tema tratado, junto a la apertura intelectual y sinceridad que roza la humildad por parte del autor, que no duda primero en ir de la mano de las autoridades o expertos de la materia, para, en diálogo, distanciarse de los mismos, sugerir y/o proponer nuevas posturas propias o ajenas, y continuar en dicho diálogo con aquellos autores que a lo largo de los años (tanto los que transcurren hasta la publicación del original en inglés, o sea el año 1986, representados en diversos artículos del autor y las réplicas al mismo en otras tantas diversas aportaciones, como el periodo que va del mencionado 1986 al 2001, en el que Williams decide publicar la segunda edición del texto que, respetando la integridad del texto del 1986, añade un riquísimo apéndice donde el mismo autor, con un cierto aire de retractación agustiniana, confirma algunas de sus ideas y propuestas, se distancia de otras tantas hipótesis y recibe de buen grado críticas y aportaciones de diversos colegas que en sintonía o no, responden a lo que Williams nos ofrece en su texto, una invitación que creemos no puede rechazarse, un reencontrarnos con la tradición eclesial, no como un mero acto de arqueologismo (como él mismo previene), sino como un encuentro desde la fe y la teología que nos ayude y contribuya a no estancarnos ni a petrificarnos, sino encontrarnos siempre en la perspectiva de una reflexión y renovación eclesial -como el mismo Williams realiza tomando como punto de referencia la teología anglicana de los últimos siglos -de la mano de la obra de Wiles- y de forma especial la figura del cardenal Newman y su obra sobre el particular: *The Arians of the Fourth Century-* cf. p. 15ss. y 291ss., que manifiesta su fe y la vive (de forma característica en la liturgia, tal y como resalta Williams de acuerdo a su argumentación), la fe en el Dios-Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo que vive (inhabitación) en el creyente, en el cristiano. Y por esta razón, el cristiano puede, creer en ese mismo Dios y en la medida que esto sea posible, comprenderlo, conscientes al final y obviamente distanciándonos de Arrio, de que "lo que se revela en la encarnación de la Palabra es la naturaleza eterna de Dios, no un momento o un aspecto de su vida, que pueda ser complementado o equilibrado en virtud de otras fuentes o de otros presuntos momentos en los que pueda producirse otra revelación. Nuestro acceso a la Palabra encarnada pasa por la Escritura y la vida comunitaria de la

Iglesia...”, p. 280. Esto pareciera un poco desproporcionado si nos dejamos llevar por el simple título del libro presentado *Arrio. Herejía y tradición*, pero, como hemos indicado, la contribución intelectual de Williams radica precisamente en esto, en ofrecernos no solamente un estudio histórico o manual que podríamos anhelar, sobre la figura y el pensamiento de Arrio y sus seguidores, sino precisamente presentarnos a Arrio desde Arrio -“el esfuerzo por comprender a Arrio y a sus seguidores está plagado de dificultades... No obstante, merece la pena intentarlo: seguir la lógica interna y la problemática del pensamiento de Arrio y la de los enemigos posteriores de Nicea supone descubrir qué es aquello que la ortodoxia ha de asumir y asimilar; revelar la problemática arriana como un elemento conformador de lo que nosotros en la actualidad expresamos como ortodoxo...”, p. 39. Al menos esa sería la intención de Williams, entonces, llevarnos de la mano a través de un rico y sugerente camino en torno al siglo IV d. C., en torno a Nicea, desde sus precedentes y consecuencias (“el debate doctrinal del siglo IV gira así, en gran medida, en torno al modo en que la Iglesia puede llegar a ser consciente de sí desde un punto de vista intelectual, pasando de una teología de la repetición a algo más experimental y constructivo... Nicea y el periodo posterior representan el reconocimiento por parte de la iglesia en general de que la teología es no sólo legítima, sino necesaria...”, p. 276), con Atanasio presente como el gran exponente de la fe y de la ortodoxia, pero liberando a Arrio, primero de Atanasio, y después de la precomprensión escolástica y la imposición de la idea que a lo largo de los siglos ha marcado tanto historia como teología, no otra que la existencia de lo que se entiende generalmente por arrianismo (la consciencia cada vez más clara de que el término arrianismo resulta inadecuado en relación con la controversia del siglo IV: no había un único ideario arriano, ni existía la tradición de ser leal a un solo maestro... El arrianismo es ante todo una creación polémica de Atanasio, que estaba decidido a mostrar que cualquier alternativa a la fórmula nicena terminaba por retornar a alguna versión de la enseñanza de Arrio, con todas las incoherencias e imperfecciones que ésta presentaba. Si esto es cierto, cualquier intento de buscar la esencia del arrianismo está destinado al fracaso...”, p. 289). Estamos entonces ante un texto que pretende y logra -así lo entendemos (por utilizar el término filosófico sin ceñirnos totalmente a la amplitud que el mismo comporta), una “deconstrucción” de la figura, obra y contexto histórico-cultural y religioso de Arrio, porque “nunca -ni entonces ni en la actualidad- ha existido un debate tan puramente teológico que pueda prescindir de los condicionamientos sociales e intelectuales del lenguaje de la controversia” (p. 10).

El libro se articula como sigue: primeramente encontramos los dos prefacios, el de la primera edición (1986) -la dedicatoria en la que aparece nombre del colega que menciona el autor es omitida en el texto castellano pero creemos necesario recogerla, sobre todo por las menciones del primer apéndice, es: “To Christopher Stead in gratitude and affection”- y el de la segunda (2001) -que como hemos señalado, son de notable riqueza y muy oportunos para comprender la evolución o mejor dicho, decurso del pensamiento de Williams sobre Arrio- (pp. 9-11); la introducción titulada “Imágenes de una herejía (pp. 13-40); seguidos de las tres partes centrales y bien articuladas en donde nos encontramos con Arrio, su figura y obra en contexto (I. Arrio y la crisis nicena, pp. 43-112); y su pensamiento en dos necesarias subdivisiones (II. Arrio y la teología, pp. 115-209 y III. Arrio y la filosofía, pp. 213-272); el epílogo (pp. 273-286) junto a dos apéndices (pp. 289-322). Todas las notas de las diversas secciones se agrupan a continuación, dejando el cuerpo del texto libre del aparato crítico, lo cual, si bien agiliza la lectura y la concentración de y en el texto de Williams, en este caso bien específico, puede representar un ejercicio físico más que ágil si el lector más que curioso, acude a revisar las referencias, textos e indicaciones -ya dijimos antes-, que constituyen uno de los elementos más importantes de la obra en su conjunto (casi 80 densas y valiosas páginas, que no nos cansamos de reiterarlo, cf. pp. 325-404). Cierran el libro, las abreviaturas, la bibliografía (que no queremos tampoco dejar de resaltar) y un índice dividido en nombres antiguos y medievales primero, y modernos después (cf pp. 407-430). Libro de obligada consulta, sin duda; en el que podemos descubrir “el apasionado interés de Arrio por salvaguardar a Dios de las pretensiones de dominarlo y poseerlo por parte del entendimiento creado había sido formulado de forma totalmente natural, mediante una interpretación teológica de la cosmología, jerárquica y bajo el influjo de las matemáticas,

propia del neoplatonismo..., p. 283. Y aunque su lectura y sobre todo las propuestas teóricas que hace Williams puedan constituir una fatiga, no solamente en su comprensión y verificación crítico-bibliográfica, seguro que merece la pena leer a este reconocido teólogo, escritor y poeta (como es sabido, Rowan Williams es arzobispo de Canterbury y primado de la Iglesia anglicana), y valorar igualmente la profundidad de su pensamiento, como cuando concluye que "decir que en Dios existe una absoluta identidad de naturaleza, voluntad y acción significa en realidad afirmar algo que desafía las pretensiones del conocimiento y nos impele hacia el momento apofático de nuestra teología. Significa que la naturaleza divina no puede ser abstraída de la relación activa de Dios con el mundo...", p. 284.

Miguel FLORES COLÍN